

Fiesta de invierno

Por Guillermo Fernández

a J. G. D.

Una estrella me mira,
tan sólo una,
en tanto cielo sucio,
y me estremezco.
Las voces de la fiesta
en que naufrago solo
arrumban a Jesús,
como si fuera un duende
encandilado;
por todas partes ríe
sin apartarse nunca
de su triste rincón
dolido y enlunado.
La estrella, mientras tanto,
no deja de mirarme.
Querría conversar
sólo con ella,
entender lo que dice
con la ayuda del trago.
¿Existe todavía
o sólo sus destellos
—como acaso nosotros—
en el ruidoso vacío
de una fiesta de invierno?◇